

## PRÓLOGO

■ Es posible enseñar la filosofía?, ¿por qué y para qué enseñarla?, ¿qué enseñar? y, sobre todo, ¿cómo enseñarla en el contexto de la educación media y en situaciones históricas concretas? Estas son algunas de las preguntas que guían la presente obra, *Entre filosofía y pedagogía. Consideraciones sobre la enseñanza de la filosofía en educación media*.

En un ambiente sociocultural en el que la enseñanza de la filosofía “se reduce a ser un proceso lecto-escritural, de conceptualización o de desarrollo de conocimiento proposicional”, los y las autores del libro proponen la enseñanza de la filosofía como un ejercicio de comunidad que implica una participación dialogante, que interpela la libertad y la razón de los y las estudiantes. Esta participación es algo esencial y no meramente ocasional con respecto al trabajo docente y al camino de aprendizaje que se les propone a los y las estudiantes de filosofía. Nunca será banal afirmar que un docente no sería tal sin la participación, activa o pasiva, de sus estudiantes: no se enseña en abstracto, sino siempre a un determinado grupo y dentro de este, situado en un contexto temporal y en un territorio particular. Evidentemente enseñar filosofía en la Atenas del Siglo V a. C. no se compara con hacerlo en un aula moderna dotada de libros, mapas, cartillas, imágenes y reproducciones físicas de objetos, etc. Más aún, ¿cómo se enseña la filosofía en la era de Internet y de la informatización del conocimiento? Estas breves y sencillas consideraciones hacen que merezca la pena cuestionarse sobre el sentido, los límites y las condiciones de posibilidad de la enseñanza de

la filosofía hoy en día, provocados también por todos los interrogantes que la didáctica a distancia ha suscitado en el cuerpo docente en estos últimos años.

Habrá que darnos cuenta de un tránsito importante que ha modificado esencialmente nuestra actividad de profesores de filosofía con respecto a la edad Antigua y Moderna: el panorama cultural ha cambiado y con ello nuestro papel de maestros. El poeta Thomas S. Eliot en sus Coros de 'La Roca' se preguntaba proféticamente: "¿dónde está la vida que perdimos viviendo?, ¿dónde está la sabiduría que hemos perdido en conocimiento?, ¿dónde está el conocimiento que hemos perdido en información?" (Eliot, 1934, p. 147). Son tres preguntas sencillas y, al mismo tiempo, cruciales para entender los cambios de épocas que la humanidad tuvo que atravesar. Las culturas prefilosóficas antiguas de la oralidad no tuvieron que preocuparse demasiado con respecto a la posibilidad de enseñar la sabiduría y la virtud: ellos sabían muy bien lo que era o no virtuoso, así que la sabiduría y moralidad eran un modo de vivir y no un problema filosófico. Sería suficiente pensar en cómo Pitágoras enseñaba matemática: el filósofo de Samos se escondía detrás de un telón y desde allí pronunciaba las verdades de la *mathesis* filosófica y cosmológica de manera autoritaria e indiscutible, dirigiéndose hacia sus discípulos, los cuales no tenían derecho alguno a cuestionar sus enseñanzas. Solamente a partir del pensamiento filosófico del Siglo V, con Sócrates y los sofistas, la enseñanza del saber filosófico y de la virtud se vuelve un problema interesante para discutir, así como bien lo subraya el primer capítulo del libro. El "profesor socrático" no renuncia a cuestionar y criticar cualquier cosa, incluso y, sobre todo, los valores tradicionales procedentes del mundo antiguo del mito griego. De este modo, la sabiduría se vuelve un objeto de conocimiento, así como la belleza, la verdad, la justicia, lo sagrado, etc. Por supuesto, hay que mantener firme la distinción entre el método socrático y aquel sofista orientado a la mera posesión de un conocimiento-discurso que se vendía o se practicaba en contextos particulares. Por el contrario, el conocimiento socrático, la *filo-sophia*, contenía en sí misma el germen del *eros* hacia un saber y una pedagogía universal que abría espacio a un nuevo estilo de vida fundamentado en el diálogo y en la crítica en público.

La *polis* y la *ágora* griegas se configuraban realmente como un laboratorio didáctico de filosofía y de participación democrática, inspirado en la vida y el magisterio socráticos. Todavía estamos muy lejos de la concepción moderna del aula de escuela en la que se enseña filosofía con los libros. Para llegar a esto debemos considerar algunos sucesos históricos modernos de fundamental importancia: la invención de la imprenta, la Reforma luterana y el nacimiento de la didáctica como tal por parte de Comenio —me detengo breve y únicamente sobre el valor del primero de los tres hechos mencionados para respetar la economía del discurso que conviene a este prólogo—.

¿Cuál es la novedad que la imprenta introduce en la didáctica de la filosofía? El libro impreso abre a la posibilidad de que el conocimiento de un texto pueda ser abstraído de su contexto original y replicado en otras situaciones ficticias *ad infinitum*. Además, otorga una cierta autonomía y libertad al lector, el cual, relacionándose individualmente con el libro, tiene acceso directo a la “verdad” en este contenida, franqueándose de la sumisa y pasiva dependencia de la autoridad del maestro.

Aquí no estamos, evidentemente, propendiendo hacia una apología de un tipo de enseñanza desvinculada de cualquier relación con la figura, para nosotros necesaria, del profesor. Únicamente hacemos hincapié en el hecho de que el libro impreso, y disponible para el examen crítico de los y las estudiantes, es condición de posibilidad de un acceso libre y hermenéutico al conocimiento que el maestro comunica: si lo que el maestro profiere conflige con lo que el libro afirma, los alumnos tendrán todo el derecho de cuestionar, criticar y objetar la enseñanza del profesor con base en el texto escrito. Es un instrumento de libertad, tanto para el docente como para el estudiantado: en el aula moderna el diálogo vivo, la didáctica y el proceso de aprendizaje se enfoca, por fin, en la potencialidad interpretativa que cada uno de los participantes al acontecimiento pedagógico-didáctico tiene frente al texto.

En este mutado contexto de la escuela moderna, el buen maestro fomenta, alimenta y suscita el potencial hermenéutico y protagónico de los estudiantes, así como bien lo describe el segundo capítulo del libro. Claramente no se trata de un protagonismo separado de la comunidad filosófica presente en el aula, sino de un “individuo” que se relaciona

y teje relaciones con los otros, justamente porque se considera dentro de un proceso de aprendizaje en el cual domina la relación de un recíproco intercambio de conocimiento y no una individualidad abstracta. El buen maestro sabe fomentar el desarrollo endógeno, además de propiciar y esperar el acontecer de la chispa de la interpretación y de la invención que espontáneamente nace en sus estudiantes —hacen falta maestros que confíen en los potenciales hermenéuticos e inventivos de sus alumnos y que sepan valorar una pequeña, y nunca obvia, luz que podría alumbrar aquella oscuridad de la cual siempre nos quejamos los docentes—. El maestro lleva la responsabilidad mayéutica de educar, literalmente de conducir hacia afuera el valor del estudiante, su personalidad, su consciencia crítica. Si, por el contrario, impone su discurso y su doctrina, produce una enseñanza vertical, poco participativa y que bloquea el potencial creativo de los alumnos. Al fin y al cabo, genera tipos humanos no democráticos y no filosóficos. Sin embargo, la consecuencia más radical de una enseñanza de la filosofía vertical y autoritaria consiste en la cristalización del conocimiento en mera información. Sin el método socrático adaptado al aula moderna, las verdades contenidas en las grandes obras de los filósofos no cobran vida y se depositan en los libros: el saber se archiva en las bibliotecas y la llama viviente de la práctica filosófica se apaga. A tal propósito Agustín de Hipona sugería de tener simultáneamente los libros en nuestras manos y los hechos bajo la mirada: *“In manibus nostris sunt codices, in oculis nostris facta”*. En el aula moderna, tanto los docentes como los estudiantes estamos en la espera de que la observación y el razonamiento se guíen recíproca y simultáneamente en un diálogo constante.

Finalmente, el propósito, noble y bien logrado del presente libro, es justamente mostrar las bases teóricas y prácticas del trabajo de recontextualización que la enseñanza de la filosofía exige. Que la tendencia de la escuela hoy sea la de reducir la sabiduría y el conocimiento filosófico a mera información no es una novedad, y las cartillas ministeriales lo comprueban. El riesgo o peligro de esta reducción es descentralizar el conocimiento: ya no importa el contexto en el cual se enseñan ciertos contenidos, la humanidad y el ámbito histórico- geográfico de los participantes en el aula. La didáctica de la educación a distancia nos mostró

contundentemente que la formación en filosofía, y en otras disciplinas también, puede únicamente pensarse “desde la *localidad*, de esa *porción de mundo* donde uno se sabe sujeto, donde uno padece por comprender y realizar unos valores” (Vargas Guillén, 2020, p. 16). Aquí se destaca, a mi modo de ver, el desafío y el alcance de este libro: una apuesta hacia la responsabilidad de los maestros, no solamente para enseñar las grandes obras de la filosofía, sino para encontrar a los y las estudiantes con el método socrático y una vida auténtica. Mediante la narración y el diálogo, el profesor no cuenta solamente la historia de los hechos y de las ideas, sino que se esfuerza de recontextualizar la información y el conocimiento filosófico, contenido en las grandes obras, en una sabiduría que hable de la existencia desde la misma existencia.

**Dr. Alessandro Ballabio**

*Bolonia, 11 de septiembre de 2022*

## Referencias

- Agustín de Hipona. Sermo 360/B, 20: *Sermo sancti Augustini cum pagani ingrederentur*.
- Eliot, T. S. (1934). *Collected Poems 1909-1962*. Harcourt, Brace & World.
- Vargas Guillén, G. (2020). *Filosofía, pedagogía, tecnología*. Aula de Humanidades.